



DOCU/MENTO

RELACIONES 105, INVIERNO 2006, VOL. XXVII

INÉS CHÁVEZ, MUERTO. DOS TEXTOS DEL PADRE ESQUIVEL

A Álvaro Ochoa Serrano



L SUFRIDO NOROCCIDENTE

Quien se interese por la historia chica de esta esquina noroccidental de Michoacán, el formado por las viejas jurisdicciones de Xacona, Tlazazalca e Ixtlán –denominado ahora como el Bajío Zamorano– se topará con una pléyade de nombres ilustres junto a los que también tendrá que hacer lugar a gente desagradable como lo fue Inés García Chávez.

Su trágica memoria ha ocupado ya a algunos autores como Álvaro Ochoa y los reseñados por él en su reciente obra *Chávez García, vivo o muerto*. A ésta él la considera “la segunda vuelta de *La violencia en Michoacán, ahí viene Chávez García*”. Efectivamente su nuevo libro es una versión actualizada del anterior.

Ochoa nos ayuda con ellos a hacer la lectura de esos años de zozobra –casi treinta– que padeció Michoacán debido a las revoluciones y a los revolucionarios del pasado siglo XX (de 1911 a 1938), cuando apenas parecía reponerse de los del siglo anterior, siguiendo su desangre iniciado en 1810.

La contribución de nuestro estado fue mayúscula a la guerra de Independencia y continuó en las guerras que antecedieron a la gran Guerra de la Reforma. Su protagonismo sostenido lo hizo también lugar importante en la defensa contra la Intervención Francesa y en la Primera Cristiada de 1874.

Después vendría la Revolución y en ella lo de Chávez seguida de las dos Cristiadas, la que terminó con los Arreglos (1929) y la que después levantaría el general Ramón Aguilar.

Con tanta sangre y tan continuadas inquietudes, llevando a cuestras tan dolorosas experiencias y tantos amargos recuerdos, es fácil entender que se quisiera salir de la ruina y el destrozo y que la anhelada paz apenas ahora haya empezado a hacer olvidar las heridas para recargar la conciencia con un urgente optimismo que permita el disfrute idílico de nuestro paraíso michoacano y la recuperación de sus elites.

LA REVOLUCIÓN

Los difíciles tiempos de la Revolución fueron tema de las pláticas de los abuelos y lo siguen siendo de los ya escasos bisabuelos que los vivieron, aunque los bisnietos –que son casi todos los actuales lectores– apenas pueden creer lo que el doctor Ochoa nos relata.

Los últimos sobrevivientes de aquellos difíciles tiempos nos hablan de las carencias alimentarias en las que ni a sal se llegaba, de la inseguridad en los pequeños pueblos incapaces de defenderse de la tropelía de aquellas hordas salvajes que se legitimaban en la Revolución. Nadie podría pensar que nuestra sociedad pudo crear aquellos monstruos de la sevicia como lo fueron El Chivo Encantado, el Manco Nares, o Cíntora, recapitulados en el cabecilla Chávez de que se ocupa nuestro autor.

A las quemas de pueblos (Paracho, Cotija, San José de Gracia, Degollado) y a los desmanes de los asesinos apenas se contrapusieron un puñado de héroes. Al lado del heroísmo de los pocos defensores, las nuevas crueldades se sumaban a los recuerdos de anteriores ya fueran las guerras prehispánicas con sus incendios, masacres y canibalismos rituales o la memoria escalofriante del paso de un Nuño de Guzmán y la ejecución de Tzintzincha Tangaxoan.

Don Luis González definió a Chávez García, o García Chávez, como a alguien “famoso por sus virtudes animales y sus vicios de hombre”: Ordenaba ejecuciones, violaciones, quemas, secuestros o reclamaba rescates, fingía la huida ante sus perseguidores para volver a aparecer cuando ya éstos descansaban confiados, sembraba el temor para lograr complicidades y conseguir dinero o pertrechos.

Fue el máximo exponente negativo en una comunidad con arraigados sentimientos de sedentarismo y de humanidad que le había legado una práctica cristiana de casi cuatro siglos que de pronto se paralizaba en su defensa ante lo insólito de alguien carente de sentimientos humanos, haciendo del dolor y de la venganza su disfrute.

Chávez hizo sufrir a los pacíficos de nuestro rumbo como pocos y significó una verdadera plaga social y volvió a la cruda realidad de un tiempo que justificó las acciones de guerra como respuesta a ideales sociales justos pero que a su vez implementó ideologías demagógicas –és-

tas apenas se empiezan a disipar, cual neblinas— que fueron por mucho tiempo encubridoras del sufrimiento de nuestros pueblos.

LA FINGIDA MUERTE

El periodista Rogelio Morales García editó el libro *“Santo de palo” ...¡pero milagroso!*¹ en el que reunió una serie de artículos y reportajes sobre Inés Chávez, incursionando en la temática de esos tiempos aciagos.

Uno de los capítulos de su libro se refiere a la *“Supuesta muerte de Chávez”*; allí enfrenta la opinión de Roberto Galván López² y Víctor Ceja Reyes³ que se han ocupado del bandolero,

Al primero Morales le contradice las afirmaciones de que *“doña Bartola Chávez murió en la más estrujante miseria, pues imploraba la caridad pública en Puruándiro [...] Enriqueta y Julián, los hermanos de José Inés Chávez, hasta hace unos cuantos años, vivían en la más tremenda de las miserias”*, aduciendo datos de los que deduce lo contrario.⁴

Mientras que del segundo, aunque toma largas citas relativas a las últimas horas del cabecilla,⁵ lo descalifica advirtiéndonos que

no es posible en una jornada de entra y sale, compilar datos y versiones de por sí escasas para quien ha dedicado mucho tiempo a ello; no es posible realizar una compilación exacta en el poco tiempo de que dispone un periodista para un reportaje. Quien escribe esto, se ha llevado años preguntando, inquiriendo y buscando y creo que aún no termino.⁶

Sin embargo, las noticias transcritas por Ceja Reyes parecen tener veracidad al parecernos tomadas del documento que transcribiremos.

¹ Rogelio Morales García, *“Santo de palo” ... pero milagroso!*, 6ª edición, Morelia, 1996.

² Roberto Galván López, *El verdadero Chávez García (El Gengis Khan Michoacano)*, México, edición del autor, 1976.

³ *“El Universal”*, 1973.

⁴ Morales, o.c., 329.

⁵ Morales, o.c., 330-331.

⁶ *Ibidem*.

Páginas más adelante Morales⁷ elucubra sobre la investigación de la tumba donde pudo haber quedado sepultado el general Inés y sienta duda sobre la efectiva muerte del cabecilla,⁸ quien se habría fugado apareciendo, en fechas posteriores a su supuesta muerte, para luego desaparecer camuflándose en un don Toño, mayordomo en alguno de los campos agrícolas de California.

Todo ello lo lleva a concluir: “las pruebas que aquí dejo como testimonio de mis personales experiencias, señalan e indican que no murió en Purépero como se ha venido diciendo, e incluso aquí mismo lo digo”.⁹

Sin embargo, un apéndice cierra la edición de 1996, la quinta: “dos aportaciones de última hora y múltiples interrogantes”. En que uno de los documentos parecería, paradójicamente, ir por la real muerte de Chávez en Purépero siendo un certificado expedido por el doctor José María Barragán que avalaría la verdad de la muerte.

Su transcripción es la siguiente:

José María Barragán, médico cirujano certifica que habiendo sido solicitado y obligado a prestar sus servicios profesionales para atender al bandolero J. Inés García Chávez que se encontraba gravemente enfermo de influenza complicada de neumonía al que me obligaron a acompañarle al salir de esta población con la gente que lo acompañaba el cual falleció en un punto intermedio denominado entre La Cruz de Adelaido y El Águila en las 6 p.m. del día 11. Extiendo el presente a solicitud del C. General don Fernando Dávila, General Jefe de la O. en Guanajuato y Michoacán, En Purépero, noviembre 14, 918.

LA VERSIÓN DEL PADRE ESQUIVEL

Ante la aparición del libro del doctor Ochoa me di a la tarea de localizar un par de escritos del padre Francisco Esquivel. Fue el padre Esquivel un sacerdote valiente e innovador, inteligente y buen memorioso que desa-

⁷ 333 a 335.

⁸ O.c., 339 y ss.: Una razonable duda sobre la muerte de Chávez García, 339-345.

⁹ O.c., 344.

rolló su apostolado en Cherán, Jaripo, Pajacuarán antes de emigrar a los Estados Unidos temiendo tardías represalias a su activa participación en la Cristiada.

Se publica aquí una extensa carta de Esquivel, fechada en Purépero el 16 de octubre de 1973, dirigida al historiador José Romero Vargas, antiguo cura de Ixtlán y ya retirado en Guadalajara. En ella el padre Pancho da respuesta a las preguntas que se le formulan sobre la muerte de Inés Chávez en Purépero.

Entre varios sacerdotes de la diócesis circulan copias de otro escrito de Esquivel, *Algunos recuerdos de mi vida*. En este escrito se repiten muchas de las noticias que se contienen en la carta por lo que de él sólo he escogido algunos párrafos que contextúan la relación de Inés Chávez con la comunidad de Purépero.

El señor cura Antonio Aviña me facilitó copia de este mecanoscrito –al parecer del año de 1986–, en él se cubren hechos que corren de septiembre de 1908 a diciembre de 1926, más algunos agregados posteriores. En el folder que contiene el mecanoscrito el autor señala, de su pluma y letra, que se trata de “Algunos recuerdos de mi vida para que los corrija Pablo Escoto porque a mí ya me comienzan a fallar muchas cosas”. En él Esquivel nos cuenta su vivencia en el pueblo antes de entrar al seminario y da cabal cuenta de la muerte de Inés. Para no duplicar textos entresacaré sólo los pasajes que refuerzan el primer texto, citando las páginas relativas. Se estimara el estilo sobrio, aunque no carente de plasticidad, que lo vuelven un bello texto.

Francisco Miranda
El Colegio de Michoacán
fmiranda@colmich.edu.mx

DOCUMENTO

I. LA CARTA DE ESQUIVEL A ROMERO VARGAS

“Francisco Esquivel
Matamoros 464
Purépero, Mich.

16 de octubre de 1973.

Sr. Pbro. D. José Romero Vargas
Guadalajara.

Muy estimado amigo:

Estuvo aquí el señor Cura D. Baltasar Espinosa y me dejó una carta suya para que yo se la contestara, en que Ud. hace 7 preguntas sobre José Inés Chávez García:

1° ¿Dónde nació y quiénes fueron sus padres?

Creo que lo más exacto será la misma fe de su bautismo que dice así:

“José Garcidueñas, Cura de la Parroquia de Puruándiro, Mich. Certifica que en el libro de Actas de Bautismo, marcado con el número 48, fojas 42 (vuelta), se encuentra una acta que a la letra dice:

(Al margen) José Inés de Godino.

(Al centro) En el curato de Puruándiro, a los veintiún días del mes de abril de mil ochocientos ochenta y nueve, el Pbro. D. Antonio Cortés, Vicario de la Presa de Herrera, dependiente de esta parroquia, exorcizó, puso óleo, bautizó y ungió con el sagrado crisma a un infante que nació en Godino hace dos días. Púsole por nombre José Inés, hijo legítimo de Anacleto García y Bartola Chávez. Fueron sus padrinos: Antonio Chávez y Margarita Bravo, a quienes advirtió su obligación y parentesco espiritual. Y lo firmó. El cura párroco, Juan N. Oviedo (rubricado).

La anterior es copia fiel sacada del original a que se refiere en la parroquia de Puruándiro, Mich. A los 16 días del mes de febrero de 1959. Doy fe, José Garcidueñas (una rúbrica). (Al margen del acta trae el sello de la Parroquia de Puruándiro).”

2° ¿Dónde causó alta en las tropas maderistas?

En Zacapu, Mich., a fines de abril de 1911, su amigo, paisano y compañero de trabajo, José Zavala, lo animó a darse de alta; se presentaron los dos y entonces fue cuando él se enlistó con los apellidos volteados, poniendo primero el de su madre y como segundo el de su padre, quedando en la lista del regimiento con el nombre que después lo conoció la gente: Inés Chávez García.

Una vez enlistados, pidieron permiso para ir al mesón a recoger sus cosas, donde se arrepintió José Zavala, se volvió a Godino, después de haber recibido un regaño de Inés Chávez García quien le dijo: “¡Ya ves, yo ni quería y tú andabas con tanto mitote: Rajón! (Esto me lo contó el mismo José Zavala muchas veces en presencia de algunos vecinos de Godino que habían sido compañeros de Inés en toda su mocedad, pues que eran sus vecinos coetáneos).

Poco tiempo después, esas tropas en que iba Inés Chávez García quedaron al mando del General Gertrudis Sánchez y a Inés le tocó quedar al mando directo de Joaquín Amaro que entonces aparecían como maderistas, pero casi independientes, quienes más tarde hicieron un convenio con el General Francisco Murguía de las fuerzas carrancistas, pero no cumplieron su contrato ni unos ni otros.

3° ¿De qué partido era Inés: villista, zapatista o carrancista?

Se puede decir que fue de todos: maderista, antizapatista, cozapatista, carrancista, como muchos generales de la época, pero terminó villista desde 1915 hasta 1918.

4° ¿Cómo organizaba su gente para aparecer o desaparecer con ella y así sorprender a sus enemigos, burlar sus ataques y dar golpes donde menos se esperaba?

Esa mismísima pregunta le hizo Pancho Villa, cuando Inés fue a verlo, y su respuesta fue: “Nunca paso por un lugar sin pensar qué podría hacer yo allí en mi favor o qué podrían hacer en mi contra. Y nunca peleo donde no me conviene”.

En esto fue donde manifestó su habilidad natural de guerrillero, lo que no se puede sujetar a una fórmula tesa y única, sino que dependía de las circunstancias de lo que él traía y de la cantidad de gente que lo

venía persiguiendo, juntamente con las noticias que continua[mente] le mandaba Joaquín Amaro, pues siempre trabajaron en combinación, aunque en distintos bandos. Y, además, éste era el que le mandaba las listas de los pueblos que había que castigar y las listas de los ricos que había que plagiar con el compromiso de que le mandara el dinero; y él, a su vez, le proveía de parque, según me contó uno de la familia de Inés. (Una vez que platicaba yo esto con uno que entendía de esas cosas, me dijo: Casi lo mismo se usaba en la Ciudad de México con los del AUTOMÓVIL GRIS mediante otros jefes carrancistas. Tal vez por eso la gente usaba el verbo “carrancear”)

5° ¿Es cierto que, al morir, recibió los sacramentos?

Absolutamente cierto. El que esto escribe, aunque entonces contaba solamente con 13 años de edad, fue testigo ocular y en parte auricular, porque estaba a unos cuantos metros de la camilla en que yacía Inés, pues hasta me acuerdo que aquella camilla tenía unos arcos formados con carrizos y estaba cubierta con unos ponchos a cuadros de color azul, verde, amarillo y rojo; y estaba en el portal de la presidencia de Purépero, exactamente entre la puerta de la presidencia y la primera ventana hacia el sur. Allí todavía se acercaban algunos a hablar con el General Chávez. Recuerdo que se le allegó un individuo que vivía en la casa de la Aduana Vieja con los señores Díaz, que fueron dueños de la hacienda de San Antonio Carupo y le dijo: “MI GENERAL, YO LO VEO BASTANTE MAL ¿POR QUÉ NO LLAMA UN SACERDOTE PARA QUE LO CONFIESE?”

Inés Chávez García contestó: “YO CREO QUE NO ALCANZO PERDÓN, DICEN QUE SOY UN DIABLO”.

El hombre aquel le respondió: “RECUERDE, MI GENERAL, QUE LA MISERICORDIA DE DIOS ES INFINITA”.

De pronto Inés Chávez dijo: “DENME UN TRAGO DE AGUA”.

Se la dieron y él comenzó a tomarla a pequeños sorbos y estando todavía con el vaso en la mano, dijo: “DÍGANLE AL SEÑOR CURA QUE VENGA”.

Como del lugar en que estaba la camilla a la puerta del curato había unos 75 u 80 metros de distancia, pronto se vio al señor Cura don Francisco Luna Pérez que venía acompañado de un señor don Mario Cerda. Al llegar, se oyó que el señor Cura Luna Pérez le preguntaba si quería confesarse y Chávez contestó afirmativamente.

Sin duda que el señor Cura Luna Pérez lo vio en gravedad, porque le ordenó al que lo acompañaba que fuera a decirles a los vicarios que trajeran el Sagrado Viático y los Santos Óleos. Entonces el señor Cura Luna ordenó que nos retiraran a los que estábamos cerca, y se vio que lo estuvo confesando y lo absolvió.

Enseguida iba llegando el presbítero Raúl Manzo González y se vio que le dio el Viático. Luego se acercó el otro vicario, don Enrique Pineda, y le administró la Extremaunción.

Terminado todo esto, se fueron los 3 sacerdotes mencionados. Y entonces el doctor José María Barragán dispuso que entraran al enfermo al cuarto de la Presidencia, y lo colocaron también entre la puerta de la Presidencia y la primera ventana hacia el sur, y allí murió.

(NOTA: Preguntando al mismo José Zavala, a Cástulo Ledesma y otros vecinos, coetáneos y amigos de Inés desde su niñez y toda su mocedad, cómo había sido Inés hasta los 22 años cuando entró a las armas, me contestaban lo siguiente: “Inés, desde chico, acostumbraba mandar a todos los que jugábamos con él, pronto se enseñó a leer y escribir. Ya más grandecito era el que guiaba el Vía crucis en los viernes de Cuaresma en la capilla de Godino, porque no teníamos sacerdote allí, guiaba también los rosarios y el padre de la Presa de Herrera lo nombró celador del Apostolado de la Oración, y portando él mismo el estandarte del Sagrado Corazón, llevaba mucha gente a hacer los viernes primeros a la Presa de Herrera. Inés se echó a perder cuando anduvo con Joaquín Amaro”. Yo hasta entonces caí a la cuenta de por qué alcanzó todos los sacramentos en su última hora.)

6° ¿Cuál fue la causa de su muerte, dónde aconteció y en qué sitio fue sepultado?

- a) La Influenza Española no cuidada se complicó con pulmonía, según dijo el doctor José María Barragán. No fue a causa de heridas, como decían sus enemigos.
- b) Inés Chávez García murió en la Presidencia Municipal de Purépero, el 11 de noviembre de 1918 a las 5.30 de la tarde, sin que la misma tropa se diera cuenta, ni siquiera todo el Estado Mayor (ese mismo día se firmaron los Tratados de Versalles con lo que terminó la Primera Guerra Mundial).

c) Como a las 6 de la tarde vi que se comenzó a formar la caballería y como a las 6.15, más o menos, comenzó a desfilar en dirección al Pozo Viejo, por el Puente Colorado, una columna como de unos 400 hombres; luego sacaron la camilla muy bien cubierta, cargada por gente pacífica de Purépero que los habían tomado por la fuerza; enseguida, o sea a la retaguardia, iba otra columna de tropa también como de otros 400 hombres. Inés Chávez García iba ya muerto y quedó sepultado en un terreno que era de don Pedro Ortiz, en El Baluarte, dentro del Cerro de la Alberca, al oriente de Purépero.

(NOTA: ¿Cómo sé yo esto, si de pronto no lo supo ni la tropa, ni si quiera todo el Estado Mayor, ni los que cargaron la camilla, quienes afirmaban que se había muerto en El Tercual, según unos y según otros en El Sauquito?

Yo de pronto seguí la opinión de cualquiera de los grupos de camilleros, como era el rumor del pueblo; pero andando el tiempo me tocó platicar sobre este punto con Lorenzo Salazar, mi íntimo amigo, que entonces fungía como Secretario en la Presidencia de Purépero y me dijo: “Nunca sustentés eso, porque no es la realidad. En la pieza donde murió Inés Chávez García, solamente 3 civiles nos dimos cuenta del lugar y la hora de la muerte de Inés: El doctor José María Barragán que lo estaba atendiendo, don Vicente Guillén Presidente Municipal y yo que entonces era el Secretario del Presidente Municipal, por eso te digo dónde y a qué hora murió Inés”.

SEGUNDA NOTA: El que lea lo que estoy diciendo quizá objete que un historiador de fuste, como lo fue Bravo Ugarte, dice que Inés Chávez murió el 14 de noviembre de 1918. Yo no digo que Bravo Ugarte sea un mentiroso, pero ¿qué más podía hacer el pobre historiador que andaba recogiendo datos oficiales? De eso daré también una explicación.

Lorenzo Salazar también me contó muchas veces que uno de los jefes del Estado Mayor de Inés que estuvieron presentes a su muerte, les dijo a los civiles que allí estaban: “Ustedes no pueden salir de aquí, y si comunican la muerte del General, se los va a llevar la... De modo que no dejaron irse al doctor Barragán, sino que se lo llevaron tras la camilla, simulando que el General Chávez iba enfermo, pero en realidad ya estaba muerto, y nosotros no cerramos la Presidencia sino hasta que había salido toda la tropa y nos fuimos a nuestras casas sin contar a nadie.

Pero al día siguiente que abrimos de nuevo, como a las 10 de la mañana, me dijo don Vicente Guillén: “Anoche no pude dormir pensando que esto no puede quedar en secreto, ni lo de la muerte ni lo del lugar y después nos va a castigar el Gobierno por no haber avisado. De modo que hazte un oficio para los militares de Zamora y redáctate un telegrama para que lo pongan en Zamora al Gobernador del Estado. Mientras, yo voy a mandar al policía Cornelio Chavira que me traiga uno que vaya a Zamora a llevar esos papeles”.

Salió el mozo a pie a Zamora, después de las 11 de la mañana y supongo que llegaría obscureciendo o ya oscuro, el día 12 de noviembre.

El que mandaba el Regimiento, aunque preparó inmediatamente su gente para salir, no se atrevió a llegar a Purépero de noche, creyendo que podría ser algún plan de Inés, sino que se quedó en Tlazazalca y llegó a Purépero el 13 de noviembre de 1918, como a las 9 de la mañana, acompañado de algunos hijos de don Florentino Melgoza y de un yerno del mismo señor Melgoza, que parece que se llamaba José Méndez Acuña, si mal no recuerdo. Todos ellos conocían perfectamente bien a Inés Chávez. Se presentaron en la Presidencia, llamaron al doctor Barragán, que ya había vuelto, y con ellos y los empleados de la Presidencia se fueron al panteón o cementerio a exhumar todos los cadáveres de los sepulcros recientemente borrados a ver cuál era Inés Chávez García, pero como no era ninguno de los exhumados, se volvieron ya muy tarde a Zamora, ya hasta el 14 de noviembre, después de haberse cerciorado de la efectividad de la muerte de Inés Chávez, lo comunicó oficialmente a sus superiores y al Gobierno del Estado.

Tal vez por eso el historiador Ugarte fue el documento oficial que encontró. Lo escribió así por el único documento que halló y de oídas, pero no fue así, “porque yo fui en ello” como dijo Bernal Díaz del Castillo, y “no como lo cuenta el tal Gómara”.

TERCERA NOTA: Hurgándole todavía más para dilucidar o aclarar lo que me habían contado sobre el lugar del entierro, me tocó dar con un superviviente de la parte del Estado Mayor que se dieron cuenta del lugar del entierro y me dijo: “Sí, es cierto que Inés murió en Purépero, que ya lo traían muerto, pero al llegar a El Sauquito, donde bifurcan los caminos hacia Caurio y hacia los Huedales, ordenaron que hicieran alto tanto la columna de iba al frente como la columna que venía a la reta-

guardia, devolvieron los camilleros que para reemplazarlos por otros, sacaron el cadáver, se lo colocó Carlos, el hermano de Inés, sobre la cabeza de la silla, ordenó que echaran una piedras en la camilla que pesaran tanto como el peso de su hermano, nos separamos con el cadáver hacia un punto que se llama El Baluarte, entonces propiedad de don Pedro Ortiz, donde Inés Chávez quedó sepultado. Llamaron nuevos camilleros y siguió la marcha como venía, sin que nadie se diera cuenta de toda la verdad, con órdenes de acampar en Llano Grande, todavía con la camilla, el 12 de noviembre. Allí nos reunimos con ellos. El 13 de noviembre nos fuimos a acampar en los Llanos de Cinciro y allí, el 14 de noviembre, se formó toda la tropa para avisarles que el General ya había muerto”.

Después procuré verme con Marcelino Ortiz, hijo de don Pedro, para indagar todavía algo más sobre esto y me dijo: “Sí, es cierto, como le han dicho. Mi padre y yo hicimos el hoyo en que quedó Inés, pero nos penaron de que no se lo comunicáramos a nadie”.

7° ¿Fechas o aproximaciones de los acontecimientos que a su nombre se realizaron?

Creo que honradamente no podía contestar su séptima pregunta con precisión porque, aunque me han contado algunas cosas, yo no sé qué tan exactas sean. Lo cierto es que casi todos lo han calificado de “el tristemente célebre Inés Chávez García”.

A mí me queda la idea de que fue un hombre bueno hasta los 22 años, pero dejó de serlo cuando desobedeció a sus padres y se juntó con malas compañía, como consta por los hechos, cumpliéndose en él aquellos adagios “Dime con quién andas y te diré quién eres”, “no hay gavilán que engorde por más pollos que levante”, “lo del agua al agua”.

Su pobre madre, doña Bartola Chávez, murió pidiendo limosna en Puruándiro, Mich., según me lo contaron. Conocí a Enriqueta y Julián García Chávez, sus hermanos, no hace muchos años, en suma pobreza.

El mismo Inés no alcanzó ni caja. Lo enterraron envuelto en un zarape.

Creo que lo mejor será seguir las enseñanzas del Espíritu Santo que se nos han transmitido mediante el sabio Salomón en la Sagrada Escritura, en el Libro de los Proverbios, capítulo I, del verso 7 al 16, que dice así: “El temor de Dios es el principio de la sabiduría; la sabiduría y la

disciplina son despreciadas por los necios". HIJO MÍO, ESCUCHA LAS ENSEÑANZAS DE TU PADRE Y NO DESECHES LOS CONSEJOS DE TU MADRE... porque ambos son bella guirnalda que ciñe tu cabeza y collares que adornan tu cuello. HIJO MÍO, SI LOS PECADORES TE HALAGAN, TÚ NO CONDESCIENDAS... Si te dicen: ¡Ven acá, acechemos para derramar sangre; pongamos al inocente emboscadas injustas... Traguémoslos vivos como el Sheol, enteros como esos que bajan al Hoyo... Nos haremos de artículos valiosos, con el robo llenaremos nuestras casas... Entra en sociedad con nosotros, tendremos una bolsa común... HIJO MÍO, NO VAYAS TÚ A ACOMPAÑARLOS EN ESE CAMINO; RETIRA TUS PIES DE SUS SENDEROS, PORQUE SUS PIES CORREN HACIA EL MAL, Y PRECIPITAN AL DERRAMAMIENTO DE SANGRE". (Inés Chávez se había huído de la casa de sus padres porque lo comenzaban a corregir y luego se juntó con malas compañías".

II. EXTRACTOS DE *ALGUNOS RECUERDOS DE MI VIDA*

P. 24: "Inés Chávez García asistía a los alrededores de Caurio, El Agua de la Alberca y el Pozo Viejo con un grupito de sólo 4 hombres más; y de cuando en cuando entraba a Purépero sin cometer ningún desmán, y casi siempre se hospedaba en el Mesón de San Juan que estaba situado en la parte sur occidental de aquella plaza, es decir entre el portal de Las Ocho Puertas y la esquina del Callejón del Embudo, para ser más preciso el lugar en que más tarde puso su casa Octaviano López, quedando todo aquello transformado.

"También me acuerdo que don Juan Ruiz, hermano de José María y de Chucherris, hijos de don Antonio Ruiz y tía Luz Ordaz, con su hijo Quico, en una canasta mandaba a aquel mesón el almuerzo para Inés y sus 4 compañeros. Pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta que Inés quería que Quico se fuera con ellos.

"Como en aquellas fechas había no sólo afinidad sino hasta mucha amistad entre villistas y zapatistas, Daniel Magaña Zavala fue a aquel mesón a ver a Inés Chávez, se identificó con él y pronto se hicieron amigos. Le contó la pobreza en que se encontraba y le dijo que le vendía un caballo muy bueno. Fueron a verlo. Hicieron el trato. Inés ordenó que se lo llevaran al mesón de San Juan para que se lo ensillaran.

“En la puerta de aquel mesón le quitaron la silla al caballo que traía Inés y se la pusieron al caballo prieto para montarlo y calarlo.

“Me acuerdo que serían como las 6 de la tarde, cuando yo iba saliendo del templo, al terminarse el rosario, y vi que allá frente al mesón estaban ensillando aquel caballo prieto.

Luego se acercó Inés Chávez para montarlo. Pero se vio que aquel caballo no permitía que un extraño le tocara el estribo, sino que se sacaba a un lado, se paraba de manos repetidamente y bufaba. Inés después de terquearle un rato, sacó la pistola y mató aquel caballo tan bonito en la puerta de aquel mesón. Yo vi todo aquello.

P. 25: “Como en aquellas fechas había no sólo afinidad, sino hasta mucha amistad entre villistas y zapatistas, Daniel Magaña Zavala fue a aquel mesón a ver a Inés Chávez, se identificó con él y pronto se hicieron amigos. Le contó la pobreza en que se encontraba ...También me acuerdo que como a fines de 1915, sin que ahora pueda yo precisar la fecha exacta, los que se decían revolucionarios tuvieron una junta en la plaza de Purépero.

“Yo, aunque era un niño como de unos diez años, andaba en aquella plaza. Y me encontraba de pie sobre los ladrillos de barro en la esquina noroccidental de la banqueta de aquella plaza, en los momentos en que iba llegando frente a aquel lugar una partida de villistas como de unos treinta y tantos hombres al mando de un general que parece que se llamaba Luis Gutiérrez a quien apodaban “El Chivo Encantado”, quien hizo alto en aquella misma esquina con toda su escolta, pero no sobre la banqueta enladrillada sino abajo, en lo empedrado.

“Todos ellos se echaron pie a tierra. Y me acuerdo que el caballo de El Chivo quedó debajo del fresno que había en aquella esquina, bajo el cual acostumbraba vender menudo doña Asunción, la mamá de Pedro Zúniga, quien después llegó a ser mayordomo en la Fundidora de Pittsburg, California.

“Tengo muy presente que “El Chivo Encantado” era de color blanco-rubio, delgado, más bien chaparro que alto y que el iris de sus ojos no era negro, ni azul, ni verde, ni café sino muy amarillo como el color de un tejocote. Lo que me impresionó mucho porque nunca había visto, ni he vuelto a ver, alguna persona con los ojos de aquel color. También

conservo la idea de que tenía un bigotito rubio-amarillo y una barba rara del mismo color que el bigotito.

“Lo raro de aquella barba era porque no le bajaba ni un solo pelo a las mandíbulas, sino sólo del mentón, como a los chivos. Tal vez por eso le acomodaron el apodo con que todos lo nombraban.

“Una vez que se apeó de su caballo y ordenó que allí lo esperaran, yo lo vi que sin descalzarse las espuelas y con su chicota de cuero en la mano izquierda iba subiendo a pie sobre la banquetta enladrillada hacia el sur de aquella plaza. Yo curiosamente lo seguía a cierta distancia.

“El general Cíntora tenía su escolta formada pie a tierra y al pie de sus caballos desde la casa de altos de las niñas Espinosas hasta el mesón de San Juan, cerca del callejón de El Embudo. Pero él estaba de pie en la mera esquina del portal, donde ahora está el Banco de México.

“Como yo los vi a todos desde muy cerca, me queda todavía la idea de que aquel general Cíntora no era tan chaparro, sino más bien un poco alto, no era fornido sino más bien un poco delgado y de un color blanco-acitronado, quien paso a paso se desprendió de aquella esquina hacia donde iba caminando El Chivo, y al encontrarse se vio que se saludaron. Luego Cíntora, tomándolo de un brazo, se lo fue llevando hasta debajo de unos fresnos que había, donde ahora está el mercado, a donde se vio que iba llegando Daniel Magaña Zavala, originario de Purépero y papá de la cantatriz Evangelina Magaña, a saludarlos porque ya eran conocidos y amigos.

“Yo, que los venía observando por mera curiosidad, me cambié a la puerta central del atrio de la Parroquia y veía que Inés Chávez, con su pequeñísimo grupo, se encontraban formados frente a la tienda de don Florentino Melgoza que es la misma que ahora tiene Gonzalo Cerda Amezcua.

“Me acuerdo que Inés Chávez era chaparro, moreno, ni gordo ni flaco, sino bien conformado y con unas manchas medio cenizas en sus mejillas, que entonces llamaban manchas de paño.

“Y desde la esquina donde tuvo después su tienda Julio Leyva hasta terminar la casa de las Salcedas, es decir hasta donde después puso su fragua Musio Álvarez, estaba formada la escolta de Octavio de la Peña. Decían que era de Uruapan y del partido zapatista.

“Desde aquellos fresnos, el general Cíntora mandó llamar a Inés Chávez y a Octavio de la Peña y cuando llegaron ordenó que se retiraran

de allí los demás militares a sus respectivos grupos y que los civiles que estaban cerca los retiraran hasta adentro del atrio.

“Y comenzaron sus pláticas, sin que los demás militares ni los civiles nos diéramos cuenta de lo que estaban tratando. Pero los civiles, por las hendiduras de la balaustrada de cantera que entonces tenía aquel atrio, estábamos mirando que con toda calma estaban tratando sus asuntos. Y luego se vio que El Chivo y Chávez García se acalararon contra Octavio de la Peña llevando sus manos a las pistolas. Mas en aquellos momentos se vio y oyó que en alta voz intervenía Daniel Magaña Zavala, diciéndoles: —Calma, calma. Todos somos compañeros. Ese no es el modo de llegar a un arreglo.

“Luego tomó del brazo izquierdo a Octavio de la Peña y lo fue retirando a donde tenía su escolta. Pues Daniel era amigo de los cuatro. Así se disolvió aquella junta.

“Octavio de la Peña y todos los suyos montaron en sus caballos y se retiraron hacia Uruapan. Según se supo después.

“Cíntora se fue retirando adonde tenía su escolta, montaron todos y salieron por el barrio de El Costal, hacia La Cruz de Carapan, y se fue hasta El Carrizal de Arteaga, según se supo después.”

P. 28: “Yo vi aquellos 4 jefes en la plaza de Purépero. Se me quedaron muy grabadas sus facciones. Pero entonces yo no podía calificar a ninguno, sino que sólo me acuerdo de lo que de ellos se decía en Purépero, en aquellas fechas.

- 1- de Cíntora decían que era del lado de Tierra Caliente, que había sido platero de oficio, que era el de mayor grado militar entre ellos, pero que no era valiente ni estratega.
- 2- De El Chivo se decía que era totalmente inculto, que era originario de Degollado, Jalisco, donde había sido remendón de zapatos, que era muy bandido, muy mal hablado y muy matón.
- 3- De Inés Chávez se decía que era del rancho de Godino, donde había trabajado como peón de campo, que no era muy valiente pero que sí era el mejor estratega de todos los villistas de Michoacán.
- 4- De Octavio de la Peña sólo se decía que era de Uruapan pero que por su modo de hablar y de vestir parecía tener algo de cultura.

P. 29: “Inés Chávez García sí seguía visitando a Purépero con un grupo de gente cada día mayor. Daniel Magaña Zavala continuaba trabajando en la orquesta.

“A principios de 1916 aquella orquesta fue contratada para ir a tocar en una jugada de gallos que iban a tener en Panindícuaro. Y allá se fueron. Pero como los que los habían contratado eran puros tahures, al llegar a Panindícuaro, les pidieron el pago por adelantado. Y se hizo el reparto.

“Durante la jugada, ellos también se pusieron a apostar en los gallos y casi todos ellos perdieron lo que les habían pagado, por lo que al día siguiente se volvían a Purépero sin un centavo. Aquel día Inés Chávez se encontraba acampado en una loma del cerrito de Sansán. Su vigía vio que venía un grupo de a pie por el camino de Panindícuaro y se lo comunicó a Inés, quien puso sus gemelos y vio que eran músicos, por lo que no ordenó ningún movimiento.

“Cuando aquellos músicos venían llegando adonde se termina el potrero de El Durazno, según me lo contó muchas veces el músico Pedro Ortega, se dieron cuenta de que en aquella loma había gente armada, sin saber de qué partido serían. Por lo que Daniel Magaña Zavala se quitó su paliacate fino que traía atado al cuello y se lo echó en una bolsa del pantalón mientras que Inés Chávez lo estaba mirando con sus gemelos.

“Al subir a la loma se dieron cuenta que era Inés Chávez con su gente. Daniel se adelantó a saludarlo.

“Inés le preguntó: —¿De dónde vienen?

—De Panindícuaro, fuimos a tocar en un palenque.

“Inés añadió: —¿Cómo les fue?

“Daniel le contestó: —Pues muy mal. Fíjate que nos pagaron por adelantado. Apostamos a los gallos y perdimos. Venimos sin dinero. ¿No traes algo con que me ayudes?

“Inés, sonriendo, sacó una moneda de oro de a cinco pesos y se la dio.

“Daniel le dio las gracias y le añadió: —Genaro mi hermano, que está en Purépero, está muy pobre y tiene mucha familia, ¿no pudieras darme otra para ayudarlo?

“Inés también se la dio y luego le dijo: —Regálame la mascada que te echaste a la bolsa y tóquenos unas dos piezas.

“Daniel Magaña Zavala le preguntó: —¿Qué piezas quieres?

"Inés Chávez García le dijo: —Aunque sea La Adelita.

"Se las tocaron. E Inés les dijo: —Puede irse sin pendiente ninguno.

"Según me lo contó muchas veces Pedro Ortega, quien entonces formaba parte de aquella orquesta y fue testigo ocular y auricular de lo anteriormente narrado, pue yo sólo lo escribo como me lo contó Pedro.

"Inés Chávez García seguía visitando como cada mes a Purépero hasta su muerte en aquel mismo lugar, dentro del cuarto de la Presidencia el 11 de noviembre de 1918, como a las 5.30 de la tarde, sin permitir que sus soldados cometieran abusos en aquel pueblo, como lo hacían en otras partes.

"En 1943, me tocó platicar con un sobreviviente de su Estado Mayor y le pregunté: —¿Por qué no cometían abusos en Purépero?

"Y él contestó. —Por muchas cosas, pues allí vivían los señores Díaz, dueños de la hacienda de san Antonio Carupo, los Espinosas de Caurio que habían ayudado a Inés cuando traía poca gente, quienes le pedían que no hiciera males en Purépero. Me acuerdo que Félix Espinosa le hablaba a Inés de tú a tú e **imperiosamente le decía**: —¡Cuidado, no vayas a cometer tonterías en este pueblo!.

"Por otra parte, allí tenía su familia el coronel don Ramón Ochoa, quienes vivían en 1916 en la casa donde murió Antonio Leyva y en 1917 y 1918 vivieron por la calle de Matamoros, exactamente donde ahora habita Leobardo y Juan Rico.

"El general Manuel Roa tenía algunos de sus parientes viviendo en Purépero, por el barrio de El Llanito, aunque con diferentes apellidos.

"Ireneo Morales, originario de Caurio y miembro del Estado Mayor de Inés, tenía a toda su familia viviendo en Purépero, viviendo por el barrio de Las Parejas, exactamente en la casa de Juan Sánchez apodado El Querubín.

"También decían que el coronel Rafael Nares, El Mocho, tenía algunos parientes en Purépero, aunque yo nunca supe dónde vivían.

"Y, sin duda, todos ellos le pedirían lo mismo a Inés.

"Otros suponían que porque allí nunca le hacían resistencia. Otros afirmaban que se debía al buen tacto con que los trataba el Presidente Municipal, don Vicente Guillén. Otros aseguraban que era porque todo el pueblo, constantemente, le pedía a su patrón san Juan Bautista que favoreciera a su pueblo.

“Pero yo no sé qué influiría más en la mente de Inés Chávez. Algunas veces, cuando íbamos llegando a Purépero, se detenía y hacía pasar la voz entre los de su tropa: —El que cometa abusos en este pueblo será fusilado.

“[...] fueron muy pocos los de Purépero que anduvieron en armas con Inés Chávez García. Como Inés Chávez no permitía a sus soldados que cometieran abusos en Purépero, este pueblo se convirtió en un centro de refugiados pues allí se fueron a vivir casi todos los de Caurio; muchos de Chilchota, Tanaco y La Cañada; muchos otros de san Antonio Carupo, Los Fresnos, El Chupadero y Acuitzeramo. Todos los de El Salto, Corral de la Mula y Casas Viejas y algunos de otros lugares.

“De modo, pues, que no había casas para todos; pero los de Purépero se mostraron hospitalarios con ellos. Les prestaron sus corrales o ecuaros, para que allí pusieran sus enramadas, sus tejabancitos de tejamaniles etc. Y normalizadas las cosas, algunos de ellos ya no volvieron a sus lugares de origen, sino que se quedaron a vivir permanentemente en Purépero”.

P. 45: “Desde a fines de 1915 hasta 1920 no se oyó decir que anduvieran cerca de Purépero algunas partidas de zapatistas expresamente, sino que sólo se presentaban por allí los villistas y los carrancistas.

“Inés Chávez García, general de los villistas, casi como cada mes visitaba a Purépero, aunque la mayor parte de sus combates no fueron allí, sino en otros lugares más o menos distantes.

“Él llegaba cada mes con un grupo de villistas cada vez mayor. Uno o dos días después, se presentaban las tropas carrancistas más numerosas que las de Inés Chávez, quienes pronto salían de Purépero en persecución de los villistas.

“Eso era lo que ordinariamente sucedía en Purépero durante los años de 1917 y 1918, sobre los revolucionarios”.

P. 61: “Inés Chávez García murió el 11 de noviembre de 1918, a las 5:30 de la tarde, dentro del cuarto de la Presidencia Municipal de Purépero, sin que en aquellos momentos se dieran cuenta todos los de su Estado Mayor ni mucho menos sus soldados ni la gente del pueblo, porque, dentro de aquel cuarto y en aquella hora, había sólo 8 personas más: Carlos su hermano y otros 4 del Estado Mayor de Inés, el doctor José

María Barragán, que lo estaba atendiendo, el presidente Municipal don Vicente Guillén y su secretario Lorenzo Salazar, quien muchas veces me contó los datos que usted acaba de leer arriba.

“Inés Chávez no murió en combate ni a causa de herida alguna, como alguno escribió, sino que un sobreviviente de su Estado Mayor me contó en 1943 que, en los primeros días del mes de noviembre de 1918 los carrancistas los venían persiguiendo por el Estado de Guanajuato y que cuando el General Chávez se iba acercando a El Valle de Santiago, Guanajuato, le dijo a su hermano: “Me viene doliendo mucho la cabeza. Me siento como con calentura”.

“En El Valle de Santiago le llevaron al médico, y les dijo que era la **influenza española**, qué debía tomar, que lo abrigaran muy bien y lo tuvieran acostado.

Pero que, como los venían persiguiendo, tanto los de su Estado Mayor, como algunos simpatizadores del lugar se dieron prisa en arreglar una camilla para transportarlo. Y, para que no se venteara aquella camilla le añadieron una como bóveda con una armazón de carrizos verdes y la recubrieron por todos lados con unos ponchos finos. Y así continuaron su marcha hacia Michoacán, y entraron a este Estado por un punto al Norte de Puruándiro.

“A veces hacían alto con aquella camilla. Pero Inés se les salía de la camilla y se montaba en su caballo a ratos. Y que les ordenó que se fueran en dirección a Ziquítaro, Michoacán. Y que estando en Ziquítaro, les avisaron que ya se venían acercando los carrancistas. Por lo que Inés se montó en su caballo, y paso a paso se iba retirando hacia Purépero, aunque la mayor parte de su gente venía a la retaguardia.

“Todavía no acaban de salir de Ziquítaro todos los villistas, cuando se iba acercando la avanzada de los carrancistas.

“Y allí hubo una escaramuza en la que murió un soldado villista. Pero dejaron de perseguirnos.

“El 9 de noviembre de 1918, ya muy tarde, Inés Chávez García muy enfermo y cabeciamarrado iba llegando a la Presidencia Municipal de Purépero, todavía a caballo.

“Le llevaron al doctor José María Barragán, quien diagnosticó y prescribió exactamente lo que les había dicho el doctor de El Valle de Santiago.

“Pero Inés no quiso permanecer dentro de aquella pieza, sino que dispuso que trajeran la camilla y la colocaran en el portal, junto a la puerta de la Presidencia; y allí se acostó en aquella parihuela bien cubierta.

“Por aquellos días estaba azotando lo más fuerte de aquella peste. Me acuerdo que entonces no había en Purépero una casa en la que no hubiera enfermos.

“Por aquellos días, con mi padre y mi madre, en la misma casa eramos 16 y 14 de ellos estaban encamados, porque sólo a mi mamá y a mí no nos atacó aquella enfermedad. Ella para preparar los alimentos y yo que salía a los mandados.

“De los de mi casa ninguno murió. Pero hubo casas en que todos se murieron, sin que sobrara alguno para cerrar las puertas.

“Como se morían tantos, ya no había ataúdes de venta ni quien hiciera otros, porque los carpinteros que no se habían muerto también estaban enfermos. A muchos los pasaban a enterrar envueltos en petates y sin acompañamiento alguno, ni siquiera de parientes.

“Cuando se acabaron hasta los petates, el Presidente Municipal, don Vicente Guillén, compró una mula grande y una carreta de madera para recoger los muertos con los policías y llevarlos a enterrar, no en sepultura individual, sino arrojados todos en una zanja común, quedando los cadáveres tan apretados como los puros en solo paquete.

“El doctor Barragán le sugirió al Presidente que todos los días le diera a cada policía una botella de tequila y un morral de naranjas, a fin de que no se contagiaran tan pronto.

De modo que aquellos policías borrachos iban de casa en casa preguntando si tenían algún muerto. Y, si lo había, lo sacaban arrastrando para echarlo sobre la carreta, porque ya no había ni petates.

“Muchos años después leí en una revista que de aquella peste habían muerto en el mundo más de 30 millones. Pero que no lo habían contado a todos.

“Aquel día 10 de noviembre, cuando yo fui al mandado, veía que había muchos soldados de Inés Chávez muertos en todas direcciones: Unos a media calle, algunos sobre las banquetas, otros en los portales de la plaza, algunos sobre las bancas de la plaza y otros alrededor del quiosco.

“De modo que toda aquella tarde anduvo la carreta municipal echando viajes y viajes de muertos a la puerta del Camposanto, donde los descargaban para que otros los arrastraran a la zanja común.

“El día once, como a las 9 de la mañana, cuando yo volvía a comprar los encargos, me tocó ver, en la misma forma, más chavistas muertos que el día anterior.

“En aquellas horas, andando yo en aquella plaza, llegó uno de la avanzada corriendo a caballo para avisarle a Inés Chávez que venía gente armada por el camino de Penjamillo. Con lo que se formó una gran alarma entre ellos.

“Inés Chávez se salió de aquella camilla, totalmente desabrigado, pidió que le llevaran un caballo. Le montó sobre aquel portal frente a la puerta de la Presidencia, y lo hizo saltar al empedrado de enfrente. Y, sin abrigo ninguno, seguía corriendo por toda la Calle Real al encuentro del enemigo; mientras que yo, todo asustado, corría hacia mi casa.

“Después se supo que, cuando Inés llegó a la curva de aquella calle, por donde ahora pasa la carretera, vio que desde La Loma Pelada venía otro de la avanzada corriendo a caballo y con un paño blanco en la mano, para avisarles que no había pendiente, sino que eran los Luises de Penjamillo con su gente que venía a ver cómo seguía el General (Aquellos Luises eran Luis Naranjo y Luis Martínez).

“Al volver Inés al Portal de la Presidencia, les dijo que traía un fuerte dolor en el costado y que llamaran al médico Barragán, quien, después de examinarlo, les dijo que ya tenía una pulmonía doble, que la enfriada que se había dado había complicado las cosas.

De eso mero murió Inés Chávez García, según lo afirmó el doctor José María Barragán, diciendo que era una pulmonía doble.

“También tengo muy presente que aquel 11 de noviembre de 1918, como a las 3 de la tarde, un soldado chavista al que le decían El Güero Galeana me sacó por la fuerza de mi casa para que le llevara un tercio de matas de maíz con todo y mazorcas a la plaza, me hizo que las descargara exactamente donde ahora está la estatua de Cárdenas. Luego me dio un machete y me dijo: “Píqueselas a mi mula alazana porque yo me siento muy mal”.

“Terminada aquella faena, yo me fui acercando al portal de la Presidencia, donde estaba la camilla de Inés Chávez, a ver qué se sabía.

“En aquellos momentos Inés le estaba diciendo a Carlos su hermano que le llamara al señor Cura para que lo confesara.

“Pronto llegó el señor Cura don Francisco Luna Pérez y se vio que lo estuvo confesando, como a las 4 de la tarde.

“Decían que aquel señor Cura había nacido en Casas Viejas. Pero el mismo señor Luna Pérez muchas veces dijo que, aunque sus padres eran de Casas Viejas, a él le había tocado nacer accidentalmente en Purépero, en la casa de don Marciano, por la Calle Real, es decir en la casa que después fue de don Jesús Nares y donde posteriormente tuvo su carpintería Benito Nares, hermano de Leopoldo Nares.

“Pues el mismo señor Luna Pérez, cuando era Párroco de Purépero, fue una vez a ver aquel cuarto que porque su mamá le había contado que, sintiéndose enferma, su esposo la llevó a Purépero para que la viera el doctor y que estando hospedada en el cuarto que daba a la calle, es decir, a la mano derecha de la entrada de aquel zaguán fue el lugar en que él había nacido.

“Al irse retirando los sacerdotes, el doctor Barragán le dijo a Carlos, el hermano de Inés Chávez, que como estaba haciendo mucho frío mejor metieran la camilla al cuarto de la Presidencia. Y así lo hicieron.

“Yo seguía en aquella plaza sin saber nada más de Inés Chávez, sino que con Juan Zavala Mora, apodado Juan el Chino, seguíamos viendo a tantos chavistas enfermos, envueltos en sus zarapes y con las cabezas amarradas con su pañuelos.

“Ya para oscurecerse, les ordenaron que se formaran y montaran en sus caballos, mientras que otros iban llegando al portal de la Presidencia con algunos pacíficos, que habían tomado por la fuerza, para que cargaran la camilla. Entre aquellos pacíficos yo veía a Jenaro Magaña Luna, hijo de Isidro Magaña el de Casas Viejas, a Carlos Magaña de Purépero que me dicen que todavía vive por la calle de Matamoros, en la terminal de los autobuses Tres Estrellas, y también veía a algunos otro, cuyos nombre ya no recuerdo.

“Enseguida vimos que como 400 soldados iban desfilando al Puente Colorado, como en dirección a Caurio.

“Entonces sacaron la camilla de la Presidencia y con ella seguían detrás de aquella columna, yendo a pie el doctor Barragán muy cerca de la camilla.

“Después de ellos iban a caballo como otros 400 soldados de Inés.

“En aquellos momentos Juan El Chino y yo nos fuimos a nuestras casas sin saber otra cosa.

“El día 12 de aquel mes de noviembre todos contaban en Purépero que ya se había muerto Inés Chávez.

“El día 13, por la mañana, llegó de Zamora una columna de carrancistas en busca del cadáver de Inés Chávez. Y con el doctor Barragán, don Vicente Guillén, los hijos de don Florentino Melgoza y un licenciado que se llamaba José Méndez Acuña, esposo de Angelita Melgoza, hija de don Florentino, se fueron al cementerio a abrir las tumbas recién borradas en busca del cadáver de Inés Chávez; y dejaron una escolta en la puerta de aquel panteón con la orden de no dejar entrar ni salir a nadie. Pero yo ya estaba adentro, porque sin saber lo qué iba a pasar, mi papá me había mandado a que amarrara un borrego con una reatilla en la parte más baja de aquel cementerio, donde había muy buen pasto de grama.

“Ya iba yo de salida, cuando vi que iban entrando las personas arriba mencionadas, sin saber yo a lo que iban. Pero los soldados que estaban en el zaguán me dijeron que no podía salir.

“Entonces vi y oí que el jefe de ellos le estaba urgiendo al sepulturero Luis Reyes, apodado Chorro de Humo, que abriera aquel sepulcro. Y sacada toda la tierra, le ordenó que levantara la tapa del cajón. Todos se asomaron y simultáneamente dijeron: Ese no es el cuerpo de Inés. Y siguieron abriendo otros sepulcros en la misma forma; y todos decían: Ese tampoco es. Cuando abrieron el último y levantaron la tapa del cajón, se vio un cuerpo hinchado y, al pegarle el aire, comenzó a echar por los poros un líquido muy hediondo; y el doctor Barragán, con un pañuelo blanco en su mano izquierda se tapó los poros, mientras que con su mano derecha le vaciaba de una botella un chorro de creolina en aquel rostro descompuesto.

“Y todos se retiraban diciendo: No es ninguno, no es ninguno.

“Y todos volvieron a la Presidencia, y yo a mi casa. Cuando era hora de comer, mi mamá me sirvió un plato de caldo de res con unos pedazos de carne cocida. Pero sentí mucho asco y rechacé aquel platillo por varias semanas, porque también me había tocado asomarme a ver y oler aquel cadáver ya en descomposición. A mí me tocó ver y oír todo aquello”.